

RESEÑAS

la infelicidad. Para reflejar esta situación describe el aumento de suicidios, divorcios y enfermedades psíquicas. En opinión del autor, el hombre debería recuperar el verdadero sentido de la felicidad. Él la describe como una consecuencia, algo que adviene al hombre, justamente, cuando el hombre no la busca.

Para concluir este estudio antropológico del hombre y sus propiedades, Melendo decide cerrar esta obra filosófica comentando *la relación personal con Dios* que tiene el hombre. En el capítulo 11º explica que el hombre proviene del amor de Dios, por eso, todas las propiedades analizadas anteriormente sólo pueden darse como efectos de ese amor.

Se trata de un libro interesante que ayuda al lector a concienciarse más sobre quién es en realidad el ser humano, y a forjarse una noción completa y detallada de la persona. En consecuencia, como todo lo humano debería interesar al hombre, cabe recomendar la lectura de este libro a aquellos que busquen respuestas a muchos interrogantes sobre la situación de la sociedad y comprueben que existen otros modos de concebir al hombre y sus características peculiares (libertad, valor del cuerpo, intimidad, etc.) diferentes a la actual.

Maite Nicuesa Guelbenzu

ORS, Eugenio d': *Tres horas en el Museo del Prado*, Tecnos, Madrid 2004, 338 págs.

Se trata de una cuidadísima edición de un viejo escrito juvenil de d'Ors aparecido por entregas en 1922. Se completa con otros artículos aparecidos más adelante, y que nos permiten ver no solo aquella primera visita al 'Museo de Pinturas' de Madrid en una mañana de abril, sino las sucesivas visitas; allí se aprecian las re-visiones de algunos famosos cuadros y de otros menos conocidos. Con bastante acierto, se ofrece esta edición en pequeño formato de 'guía turística', con las reproducciones de bastantes de las obras comentadas. "Este libro —escribirá después en 1947— muestra al autor y a sus amigos llenos de veneración por un Museo, a la hora ya, en que los académicos traicionaban el espíritu de los

RESEÑAS

museos y en que los revolucionarios predicaban que había que pegarles fuego” (p. 18). El tono será por tanto apasionado y reflexivo por momentos.

La prosa aparece aquí clara y fresca, sin excesivos barroquismos. Al hilo de los cuadros comentados, el escritor nos ofrece unas rápidas pinceladas, casi impresionistas y a veces dadas con gran cierto, a propósito de las obras allí contempladas. Así, por ejemplo, nos ofrece un Greco en clave casi dionisiaca: “Es el loco que descubre lo que ignoran los sabios; el *poseído*, que ha roto definitivamente con el ritmo de la razón; el *músico*, en quien tormentosamente lo inconsciente se exalta y se traduce en las actitudes torturadas, en los miembros torcidos, en los misteriosos celajes, en el color opulentamente podrido” (p. 78). Y también un Cristo de Velázquez unamuniano: “El *Cristo en la cruz* significa una dignidad suprema. Precisamente por lo sombrío, por lo humano, por la admirable ausencia doble de la belleza y de la fealdad física. Este cuerpo no es feo, como en el Greco. Tampoco bello, como en Goya será. No es tampoco un atleta, como en Miguel Ángel, ni una larva, como en algunos primitivos. Es noble: he aquí todo. No tiene cara, que los cabellos ocultan. No tiene sangre con que abreviar románticamente la compasión. No tiene compañía humana para hacer visajes en que se retraten las pasiones. Ni paisaje, ni cielo, ni aparatos de meteoros y prodigios. Era un justo; ha muerto. Y —¡suprema dignidad!— está solo” (pp. 100-101).

D’Ors es indudablemente un buen cicerone, un espléndido guía versado en los problemas teóricos y prácticos del arte. Sin embargo, más interesantes me parecen los comentarios estéticos que hace en esta visita virtual a la Pinacoteca madrileña. Habla así de “los dos valores del arte”, es decir, del clasicismo y del barroquismo. “Si en toda forma, en cualquier obra, coexisten el elemento espacial o arquitectónico y el elemento expresivo o funcional —que podríamos llamar igualmente *musical*—, la respectiva proporción y dosis puede ser distinta, lo es naturalmente, en cada caso. En tales obras, en tales artistas, en tales países o épocas tenderá el arte a la gravedad arquitectónica; en tales otras, se musicalizará. En estas, se sentirá la emoción predilecta de vencer las fatalidades de la caída mediante el impulso que lleva a lo alto; en aquellas, de vencerlas mediante el equilibrio. *Mundo de las formas que vuelan y mundo de las formas que se apoyan*, he llamado alguna vez a cada uno de ellos. Para en-

RESEÑAS

tendernos más de prisa, adelantemos que debe llamarse en arte *Clasicismo* la tendencia a la supremacía de las formas que se apoyan, y *Barroquismo*, el culto de las formas que vuelan” (pp. 35-36).

En el autor se aprecia al sabio y al entusiasta al mismo tiempo. D’Ors nos regala aquí una estética implícita en contacto directo con las obras, la crítica y las poéticas y manifiestos del arte. Esto proporciona al conjunto un carácter concreto y fenomenológico, y se evita así toda posible rapsodia romántica. Sin embargo, no renuncia del todo a la instancia personal y subjetiva que se presenta en toda interpretación de la obra de arte. “Hoy me toca a mí. Este es mi día de libertad. No para aprender, no para enseñar, entro ahora en el Museo del Prado. Ni hablaré de las pinturas ni me prepararé a escribir a su propósito. Estoy aquí para recrearme. Para *recrearme*, es decir, para ser objeto de una creación nueva, que me tenga a mí por autor. ¡Ambicioso designio!” (p. 211). Sin embargo, no será esta una proclama subjetivista, sino una postura que nos atrevemos a calificar de formalismo moderado, como declara al principio de sus *Tres horas* y que aparece de un modo más claro en un escrito de 1943: “Lo que un cuadro, una estatua, tienen que decir de importante, ya ellos mismos lo declaran. ¡Ay del que se entromete a explicar el ‘asunto’ de una obra de arte, por preñado de contenidos ideológicos que parezca! [...] Aquel a quien cuadros y estatuas sirven tan solo de pretexto para divagar líricamente sobre emociones y paisajes. Paisajes sin geología; emociones sin caracteriología. Fluides de fluides y todo fluides” (pp. 247-248). En definitiva, un libro de estética y de poética al mismo tiempo, que refleja una mirada culta e inteligente ante los famosos cuadros de la famosa Pinacoteca.

Pablo Blanco

ROBADOR, Oihana: *Georges Rouault. Al margen de las doctrinas*, Eunsa, Pamplona, 2004, 272 págs.

Este es el decimosegundo volumen que nos ofrece la Colección Cátedra Félix Huarte; el primero de ellos dedicado enteramente a la pintura.